

y allí pariera un hijo, — que es lástima de mirar
la pobreza en que se hallan, — sin poderse remediar.
El conde cuando vió al hijo — comenzóse de esforzar;
con el sayo que traía — al niño fue a cobijar;
también se quitó la capa — por a la madre abrigar;
la condesa tomó el niño — para darle de mamar.
El conde estaba pensando — que remedio le buscar,
que pan ni vino no tienen — ni cosa con que pasar.
La condesa con el parto — no se puede levantar;
Tomóla el conde en los brazos — sin ella al niño dejar,
súbelos a una alta sierra — para más lejos mirar.
En unas breñas muy hondas — grande humo vió estar,
tomó su mujer e hijo, — para allá los fue a llevar,
entrando por la espesura — luego al encuentro le sale
un virtuoso ermitaño — de reverencia muy grande;
el ermitaño que los vido — comenzóles a hablar:
— ¡ Oh, válgame Dios del cielo! — ¿ Quién aquí os fue a aportar?
Porque en tierra tan extraña — gente no suele habitar,
sino yo que por penitencia — hago vida en este valle.
El conde le respondía, — con angustia y con pesar:
— Por Dios te ruego, ermitaño, — que uses de caridad,
que después habremos tiempo — de cómo vengo, a contar,
más para esta triste dueña — dame que le pueda dar,
que tres días con sus noches — ha que no ha comido pan,
que lla en ese fuente fría — el parto le fue a tomar.
El ermitaño que esto oyera, — movido de gran piedad,
llevóles para la ermita — do él solía habitar.
Dióles del pan que tenía, — y agua, que vino no hay;
recobró algo la condesa — de su flaqueza muy grande.
Allí le rogó el conde — quiera al niño bautizar.
— Pláceme, dijo, de grado, — ¿ mas cómo le llamarán?
— Como quisieredes, Padre — el nombre le podéis dar.
— Pues nacie en ásperos montes — Montesinos le dirán.
Pasando y viniendo días, — todos vida santa hacen;
bien pasaron quince años — que el conde de allí no parte.
Mucho trabajó el buen conde — en haberle de enseñar,
a su hijo Montesinos — todo el arte militar,
la vida de caballero — cómo la había de usar
cómo ha de jugar las armas — y qué honra ha de ganar,
cómo vengará el enojo — que al padre fueron a dar.
Muestrale en leer y escribir — lo que le puede enseñar,
muestrale jugar a tablas, — y cebar un gavilán.
A veinticuatro de junio — día era de San Juan,
padre e hijo paseando — de la ermita se van;
encima de una alta sierra — se suben a razonar.
Cuando el conde alto se vido — vido a París, la ciudad.
Tomó al hijo por la mano, — comenzóle a hablar,
con lágrimas y sollozos — no deja de suspirar.